

A C T I T U D E S

C A N C I O N E S

Por MIGUEL A. ARTAZOS

Culebra

*Zigzagueas las esquinas
delante de tus vestidos.
Planos de musculaturas
para tus brazos perdidos.*

*El horizonte se viste
de tu desnudo tendido.
Tienes los ojos clavados
en la cruz del infinito.*

*Llena de circunferencias,
llegas doblando caminos
y en mi cintura prohibida
habitas tu paraíso.*

Homenaje

*En el parque del hombro
tu abandono erigido*

*Cada vez que te nombro
te quedas como en siglos*

En el solar del tiempo
el cuerpo construido

Por la mano de tarde
el guante de tu frío

Cada día hace un año
que pasó algo querido.

Canción de corro para el trigo

En los campos de Aragón
veleta y cruz el Moncayo.
La cigüeña de la nieve
tiene allí su nido blanco.

La montaña es el altar
en que se miran los llanos.

Hay atajos de ilusiones
de puro mirar a lo alto.

La geografía gótica
se hace catedral de paso.

En el ábside de sol
se eleva el rezo del campo.

El cierzo afina las hojas
de los árboles beatos
que entonan un villancico
de ronda, por los sembrados.

Desde la ermita se lee
la letra de los arados.

Después, en la noche rústica,
entre la esquila y el gallo,
hay una nana de grillos
por los trigos acostados.

En el ocio de los sueños
los ojos rudimentarios
aran cosechas de nubes
en un cielo cultivado.

Será pan de padrenuestro
el trigo niño en verano,
y comunión de gorriones
para la pascua de mayo,
y trenza de adolescente
en boca de enamorado,
y canción de espigadora
cargada de cielo bajo.

Bajo pañales de lluvia,
en los rosales de marzo,
la luna cuelga su cofia
de la cuna del secano.

Amigo del hombre, trigo,
vegetal domesticado.
Lo matarán al ser bueno
por ver su corazón blanco.

Conocida

Conocida de vista, callejera,
con libro de poemas bajo el brazo.
La calle se embellece con tu paso
y tu paisaje gris sobre la acera.

Conocida de nadie, forastera,
transeúnte de puentes y de barrios.
Leve jinete al lomo del asfalto
con mochila de citas sin espera.

Conocida de paso, caminera,
que haces noche en mis ojos sedentarios
cuando llegas cansada a mi ladera.

Cómo me duele el gesto hospitalario,
cuando vuelvo a cruzarte en las aceras
y estás a las afueras de mis manos.

